2
Mujeres en la sombra



Barcelona, invierno de 1919

Paula nació el invierno de 1919. Despertó a la vida cuando se firmaba el tratado de Versalles. Francia y la guerra marcaron su nacimiento. Francia y la guerra marcarían toda su vida.

Se acababa la Gran Guerra y en Europa se celebraba el final y el principio de una nueva era. En un pequeño piso del Poble Sec, la familia Amat vivía al margen de esas pequeñeces. Estaba a punto de nacer el primer hijo de una pareja que se quería. Sería la primera generación nacida en Barcelona. Era un hijo deseado, pero sobre todo para Ana. Iba a parir por primera vez, y a los veintisiete años ya no era joven.

El futuro padre y sus dos cuñadas esperaban en el saloncito. Las jóvenes rezaban en voz baja. Pepe fumaba un cigarrillo detrás de otro. Se acercaba al balcón, intentando inspirar el aire fresco que venía de la montaña de Montjuïc. Se acercaba a la puerta de la alcoba y miraba por la cerradura, hasta que Mariana lo cogía del brazo y lo volvía a la silla. Soledad le apretaba una mano. Pepe se dejaba hacer. Al minuto, volvía a levantarse y reiniciaba el ritual.

Dentro de la alcoba y en la cama de nogal, Ana apretaba con todas sus fuerzas. Sentía que las entrañas se le partían en mil pedazos. No soportaba más aquel dolor que desconocía cuándo acabaría.

—¡Madre, no puedo más! —se quejó Ana, con la voz entrecortada.

Muje sombra tripes 2.indd 17 12/06/09 13:37

—¡Puedes y podrás! Eres una mujer sana y con anchas caderas. ¡Calla y aprieta! —ordenó Victoria.

Ana obedeció a su madre. Apretó los dientes. Se agarró a los barrotes de la cama y sacó una fuerza de su cuerpo que nunca hubiera imaginado poseer.

El lloro de una niña rompió al alba. Paula salió del interior de su madre mientras en el reloj de la iglesia tocaban seis campanadas.

Victoria lavó a la niña, la envolvió en un paño de lino blanco y la sacó al salón para ofrecérsela al padre. Sus dos hijas se levantaron y corrieron para conocer a la sobrina. Pepe se quedó inmóvil, como si un imán lo tuviera atrapado a la silla de madera.

—¡Espabila chico! ¿Quieres coger o no a tu hija en brazos?

Pepe envolvió en sus brazos a la niña, extremó la delicadeza. ¡Parecía tan frágil! Si cayera, sería espantoso. No quería ni pensarlo. Se la devolvió enseguida a la abuela. Aprendería a tratarla, pero cuando estuviera lejos de las miradas de la familia.

Paula volvió al calor de su madre, que, exhausta, la acunó entre sus brazos. La niña buscaba los senos de forma desesperada. Se enganchó con fuerza y, mientras succionaba la leche tibia con sus pequeños labios, Ana entró en un sueño reconfortante.

Victoria, con el moño deshecho y una sonrisa en los labios, descansaba en el sillón verde del dormitorio. Contemplaba satisfecha la escena mientras su mente volaba y viajaba lejos de aquel piso, de aquella ciudad. Rememoraba un día lejano en que ella fue el personaje principal de la historia. La época de su vida en que lo tenía todo... Cuando se sentía el ser más feliz del mundo.

★★★★

En la mente de Victoria se materializó una niña que corría por las calles de piedra de su pueblo. Era una época de su vida en la cual el futuro era sólo una incógnita. El mañana tenía aroma de promesa. Todo era posible... y Andrés estaba a su lado.

Andrés y su pasado pertenecían a Yecla. Su marido era parte inseparable de aquel pueblo que cada primavera estallaba con una sinfonía de aromas y color. La naturaleza era generosa con aquella tierra y la vida brotaba exuberante en la huerta, en los campos. La vida brotaba desde su interior.

Se estaba consumiendo un siglo. El país había sido gobernado por una república. Había sido testigo de un golpe militar y en aquel mo-

Muje sombra tripes 2.indd 18 12/06/09 13:37

mento el rey Borbón se hacía fuerte en su trono. La gente sencilla del pueblo sentía en su vida el cambio que experimentaba el país y aprendía a vivir con la boca callada.

Andrés pertenecía al bando de los protegidos; su familia apoyaba al rey. En casa estaban eufóricos: su hermano mayor había sido nombrado ministro de Gracia y Justicia. Aquella noche se celebraba una cena a la que asistirían los personajes más importantes del pueblo. Al margen de lo que se vivía en su casa, Andrés se disponía a salir por la puerta, pero lo detuvo la voz de su madre que le llamó desde la escalera del salón.

—¿No serás capaz de irte y no asistir a la cena de tu hermano?

—Esta noche tenemos ronda. Además, madre, en esta cena voy a desentonar.

—No digas tonterías, hijo. Este es tu mundo y no el de esa gente del pueblo a la que frecuentas. Busca una buena mujer, como ha hecho tu hermano, y del resto nos encargamos tu padre y yo.

—No insista, madre —contestó Andrés, mientras le besó en la frente.

La mujer permaneció en el portal mientras veía a su hijo pequeño dirigirse al camino que llevaba al pueblo y perderse en el manto negro de la noche. Cerró la puerta y volvió a su alcoba para acabar de arreglarse. Mientras se miraba en el espejo de plata, veía en sus ojos azules, los de aquel hijo suyo. Movió la cabeza y decidió que debía buscar una estrategia para conseguir que Andrés dejara de ser el niño travieso que en realidad la tenía atrapada. ¡Se le ocurriría algo!

Se iban reuniendo los amigos en la plaza del pueblo. Las risas y el ruido hicieron que algunos vecinos salieran a sus balcones. Unos, con una sonrisa, al evocar aquella época en que ellos también reían sin saber realmente por qué. Otros, resentidos, no por el ruido sino por la envidia y la rabia de ser testigos de la alegría que a ellos se les había escapado.

Andrés y un grupo de amigos bajaron a la carretera. La bodega de Joaquín era la que guardaba el mejor vino y el aguardiente más cotizado de los alrededores. Las puertas no se cerraban con llave, pero Andrés anunció su llegada dando dos contundentes golpes con el picaporte de cabeza de león que presidía la casa de Joaquín.

Una voz de muchacha joven y altamente irritada, le contestó:

—¿Qué quieres? Vaya susto de mil demonios.

Andrés reconoció la voz de Victoria, la hija de Joaquín, pero, cuando la vio aparecer en el portal de la casa, descubrió gratamente que su

Muje sombra tripes 2.indd 19 12/06/09 13:37

cuerpo había sufrido un gran cambio. La joven había estado una temporada viviendo en Elda con sus abuelos. A la muerte de su mujer, Joaquín no tuvo valor para lidiar con aquella muchacha contestona. Prefería pasar su pena en solitario e intentar que la niña fuera puesta en cintura por la abuela.

—Venimos a que tu padre nos venda vino —le informó Andrés—. Es que hoy tenemos ronda con los chicos de la banda.

El bullicioso grupo bajó con Joaquín a la bodega. Guardaba en tinajas de barro el caldo aromático que haría alargar la fiesta hasta la madrugada.

Andrés se quedó observando a Victoria, que lo miraba desafiante, sentada en una silla de mimbre y con una novela en el regazo. ¡Cómo había cambiado aquella chiquilla! De hecho ya no era una chiquilla. Siempre había sido pequeñita. Con los años no es que hubiera crecido mucho, pero había experimentado cambios evidentes. Su cuerpo se había redondeado. Llevaba el cabello largo y lo que más lo desconcertó fue aquella mirada que conseguía atravesarlo. Ya no era la niña enclenque a la que estiraba de las trenzas cuando se sentía derrotado por no poder competir con su vocabulario inacabable.

—¿Se puede saber qué miras con esa cara de encantado?

—Te miraba a ti... Has cambiado mucho.

—Tu también has cambiado. Supongo que es culpa de los años. ¿No será eso? —contestó irónica, con una medio sonrisa en los labios.

—¿Por qué has gritado de esa manera cuando he picado a la puerta? —Andrés intentaba mantener una conversación, ignorando las ironías de la muchacha.

—Me has asustado. Estaba leyendo y me he sobresaltado.

—¿Qué estás leyendo para estar tan absorta? —le preguntó Andrés, mientras se acercaba a ella, haciendo ver que quería adentrarse en las páginas del libro.

—Es una novela que trata sobre la vida de Mariana Pineda. Una mujer valiente. Una heroína que pensaba por sí misma... y sólo por ello la asesinaron. La mataron con garrote en la plaza del pueblo —le aclaró Victoria

La joven hablaba mirando hacia un punto lejano de la habitación, con un tono de voz indignado, levantando la barbilla.

—¿Algo haría esa heroína tuya, no? No creo que se castigue a nadie sólo por pensar.

Muje sombra tripes 2.indd 20 12/06/09 13:37

—Eso es lo que te crees tú. Sólo hizo una cosa... ¿Y sabes qué fue? Lo único que hizo fue bordar. Mariana bordó una bandera con los colores de la República y, por ello, Fernando VII mandó que la ejecutaran.

—Una chica bonita como tú no debería de llenarse la cabeza con estas ideas.

Victoria lo fulminó con la mirada y prefirió ignorarlo con el silencio. ¿Para qué malgastar palabras con hombres necios? Volvió a enfrascarse en la novela.

Salieron los amigos con el vino y se encontraron a un Andrés pensativo, mirando a Victoria y ella ignorándolo; había vuelto la cabeza hacia el libro. Lo tomaron del brazo y se lo llevaron de ronda.

Andrés no conseguía sacarse a la joven contestona de la cabeza y las visitas a casa de Joaquín se convirtieron en un ritual. La cortejaba con persistencia, con dulzura y ella se dejó poco a poco arrastrar por aquel joven alto y de mirada transparente. Sabía escucharla. La entendía. Cuando se retrasaba, miraba nerviosa por la ventana y sonreía cuando lo veía acercarse por el camino.

Empezó a ponerse tacones. Se peinaba con moños, pero ni así conseguía parecer un centímetro más alta.

No pasó mucho tiempo hasta que se escucharon por el pueblo campanas de boda. El acontecimiento lo celebraron con los amigos y la familia de la novia. Los padres de Andrés se quedaron en su mansión. La madre pasó el día llorando, mientras en el fuego del hogar se consumía un grueso tronco de leña. Los planes que había soñado para su hijo menor desaparecían, se esfumaban como el humo que ascendía por la chimenea y se dispersaban en el cielo de la noche.

Los recién casados se instalaron al principio en casa de Joaquín. Más tarde pudieron arreglar una pequeña casa que quedó desocupada en la parte baja del pueblo, cerca del río. Andrés se dedicó a la madera. Tenía buenas manos y le encargaban trabajos de otros pueblos vecinos. Victoria cosía, ganando un dinero que no les iba nada mal. Cuando disponía de tiempo, le gustaba bordar. Tenía una bandera con los colores de la República que escondía en el fondo de su armario, por detrás de la ropa blanca.

Entre música, lecturas y mucho amor, pasó el tiempo.

Creció la familia y tres niñas corrieron pronto por la casa: Ana, Soledad y Mariana.

Muje sombra tripes 2.indd 21 12/06/09 13:37

Con la llegada del otoño, el pueblo cambió una vez más de color. El verde de los campos adquirió un tinte entre amarillo y marrón. Las horas de corretear por el exterior se acortaban y, sentadas alrededor de la mesa cuadrada de madera desgastada, las niñas esperaban a que su madre acabara con las tareas de la casa para que les contara historias al calor del hogar.

Victoria llevaba tiempo sintiéndose extraña. No sabía qué le pasaba. Era una especie de desasosiego que la despertaba bruscamente por las noches. Sentía su cuerpo caer desde un abismo. Se ahogaba sin poder sacar la voz. Aquellos segundos parecían eternos. Terminaban con un grito que le arrancaba de la pesadilla.

—¡Estás inquieta! ¿Que té pasa, mujer? —le preguntó Andrés, mientras la acariciaba, después de un sobresalto nocturno.

—Estoy bien, no te preocupes. No me pasa nada —respondió Victoria, sin saber el motivo de su intranquilidad.

Quizás sí que lo sabía, pero... no lo quería saber.

Con la llegada del invierno, el pueblo se cubrió con un manto blanco, como si las nubes se hubieran posado en el suelo; fue la alegría de las niñas. Victoria fregaba los platos y miraba por la ventana. Sus hijas reían a carcajadas y el padre, que parecía un niño grande dirigiendo la construcción de un enorme muñeco de nieve, parecía disfrutar más que sus hijas.

Contemplando aquella escena, tuvo la sensación de estar viviendo la plenitud de su vida. Había alcanzado la cima de la montaña. Ya no podía ascender más. Sólo restaba bajar.

Victoria volvía a sentir aquella opresión desagradable en el pecho.

De forma insidiosa, Andrés comenzó a apagarse. Perdió el apetito. Su cuerpo enflaqueció. Lo peor era aquella insoportable tos; era una tos seca, una tos persistente que no calmaba con ningún remedio. El médico del pueblo no encontraba solución. Victoria pidió ayuda a su suegra.

La madre de Andrés se presentó en la pequeña casa del río. Ana, su nieta mayor le abrió la puerta. Había visto a las niñas corretear por el pueblo, pero nunca las había tenido tan cerca. Poder escucharlas, aspirar el aroma de sus cabellos y, sobre todo, descubrir a su hijo pequeño postrado en la cama la despojaron de todo el orgullo que aún le quedaba. Abrazó a las niñas hasta hacerles daño y cubrió a su hijo con todos los besos que hasta entonces no había sido capaz de regalarle. Andrés sonrió, hasta que la tos que se iba adueñando su cuerpo le dejó exhausto.

Muje sombra tripes 2.indd 22 12/06/09 13:37

Vinieron médicos de la ciudad. Pero no hubo ningún brebaje. No hubo ninguna cura que evitara que Andrés marchara de sus vidas.

Murió rodeado de las mujeres que tanto había querido. Victoria le apretaba fuertemente la mano. Su madre le acariciaba el ensortijado cabello. Las niñas contenían las lágrimas y aprendían que todo tiene un final.

Durante un tiempo, Victoria intentó reanudar su vida en el pueblo. Colocó a un joven en la carpintería y ella siguió cosiendo. No le iba a faltar nada material. Sus hijas no crecerían con estrecheces. Pero la ausencia de Andrés era un muro infranqueable. No sería capaz de seguir viviendo en aquellos lugares sin él. Todo había perdido su color. Todo era diferente. Todo era triste. ¡Haría un cambio radical en su vida!

Sus hijas estaban creciendo: Ana contaba con catorce años, Soledad pronto cumpliría doce y la pequeña Mariana tanteaba sus primeros pasos. No permitiría que sus hijas vivieran la infancia junto a una madre apagada, sin ganas de vivir. Sentía la obligación de mantener en sus almas la felicidad que su padre les había regalado.

—Padre, el lunes nos vamos a Barcelona.

—¿Pero qué dices, hija? No seas imprudente. Aquí en el pueblo no te falta de nada. ¡No tienes edad para querer vivir tus novelas!

—Lo tengo decidido, padre. Escribí a la prima Emilia y hace días recibí su respuesta. En Barcelona no me faltará trabajo. Ella nos acogerá hasta que dispongamos de una casa para nosotras. No se preocupe, padre, estaremos bien.

—Hija mía, en las ciudades hay muchas revueltas. Ya sabes lo que pasó en Madrid... en la boda del rey. Que sois cuatro mujeres solas. ¡No hagas barbaridades, por favor! ¿Has hablado con tus suegros?

Joaquín pensaba que quizás aquella mujer estirada y soberbia la haría entrar en razón, ya que él era incapaz.

—Nos vamos, padre. Nadie me hará cambiar de parecer. He hablado con las niñas y están entusiasmadas. No se preocupe. Sabré cuidarlas. Me sabré cuidar.

Joaquín calló. Nunca había podido con aquel demonio de hija. Cuando se le metía algo en la cabeza, no había argumento ni fuerza sobrehumana que la hiciera cambiar de parecer. No dudaba en que sabría cuidar de ella y de sus nietas. ¡Las echaría tanto en falta!

Era primavera en Yecla. La naturaleza despertaba una vez más del letargo invernal. Victoria y sus tres hijas marchaban a la ciudad. Un

Muje sombra tripes 2.indd 23 12/06/09 13:37

tren de vapor las llevaría a una nueva vida. Las esperaba el mar que nunca habían visto, un futuro incierto.

Las esperaba Barcelona.

★★★★

Victoria abrió los ojos y se colocó bien las agujas del moño. Le dolía la espalda cuando mantenía una postura durante largo tiempo. Se levantó del sillón, estirando las piernas; seguro que los dolores cesarían. Madre e hija dormían plácidamente. Pepe las miraba embobado. Se iría a su casa y dejaría sola a la nueva familia. Besó en la frente a su hija y se quedó un rato observando a la recién nacida. Esta niña tendrá una vida larga, será una mujer valiente. ¿Qué se encontrará en su camino? Besó a la niña y se despidió del padre.

Mientras, cansada, bajaba las escaleras que la conducían a su piso, pensó que su vida había sido plena. No se equivocó el día en que tomó el tren que le cambiaría la vida. Gracias a ello el futuro era como era y sus hijas tendrían en la ciudad más posibilidades que en un pequeño pueblo. Ella ya no tenía futuro, pero le daba igual. Su vida estaba en el pasado y en el presente. El futuro que estaba por venir le pertenecía a aquella niña pequeña. Le deseaba sobre todo coraje para superar los obstáculos que seguro que aparecerían en su camino. ¿Felicidad? Era tan sólo una palabra abstracta, que podía convivir incluso con los problemas. A pesar de todo, estaba segura de que no le faltaría.

Muje sombra tripes 2.indd 24 12/06/09 13:37